

## **Amar con locura**

Yo quiero tanto a Rita... La amo con locura. Siento una pasión que no puedo controlar. Una pasión que sin embargo sí pude ocultar por un largo tiempo. No fue sin angustia. Al principio mi esposa Isabel no sospechaba, pero como ocurre con cada amor imposible, un descuido hace que todo salga a la luz. Fue un descuido mío. Fue mi culpa. Nadie sospechaba. Ocultábamos nuestro amor con una eficacia envidiable.

Recuerdo en más de una ocasión haber llegado al hotel manejando solo, estacioné y esperé que no hubiera gente alrededor, recién allí Rita, que estaba en el baúl del auto, me acompañó hasta la habitación para poder hacer el amor sin testigos. La suavidad de su cuerpo me enloquecía. Ahora que no la tengo más conmigo a veces siento un tremendo vacío en mi interior, trato de sobrellevar su ausencia, de resignarme, pero es tan difícil...

Mientras estábamos juntos disfrutamos cada segundo de nuestra mutua compañía. Mi amor fue creciendo con el tiempo. Tanto, que decidí que era tiempo de casarnos. Una noche, mientras le prometía mi amor eterno y le confesaba mi decisión de pedir su mano y casarnos, cometí el error que me costaría la vida. Relajado, hice algo que nunca había hecho anteriormente. Yo no podía fumar con Rita. Nunca lo hice. Sin embargo, confiado por mi determinación de construir un futuro juntos, no sólo encendí un cigarrillo, sino que además, al darme vuelta, la quemé. Esa quemadura, esa inadvertida negligencia de mi parte hizo que todo se terminara. Rita no toleró esa quemazón. Mi mundo se dio vuelta. Quise solucionar mi error y no hice más que agravarlo.

Sin decirle una palabra más, salí corriendo de la habitación y fui a casa, consternado. Mi llegada en un estado de desesperación y angustia captó la atención de Isabel. Sospechando una

infidelidad de mi parte, comenzó a atacarme con preguntas que yo no supe o no quise responder. La situación se tornó tensa, insostenible. No dormimos esa noche, fue una discusión por momentos violenta. Isabel gritaba, se calmaba, de pronto lloraba y luego volvía a atacarme, insultándome con inusual ferocidad. Cansado de tanta discusión estéril, al llegar la mañana me fui de casa. Con mi resolución tomada, me dirigí resueltamente al registro civil.

Mi decisión estaba firme y nadie habría de interponerse. Esperé a que abriera y saqué número para iniciar un trámite de matrimonio. Sentía que la gente me miraba extrañada, algunos trataban de disimular la risa. Fue así que me di cuenta que estaba en pantuflas y pantalón pijama. Me acerqué a un vidrio de la entrada y me vi despeinado y desalineado. Nada me iba a detener.

Llegado mi turno, presenté un formulario que había completado durante la espera y lo entregué al empleado. Leyó la solicitud y me dijo: - Señor, acá hay un error. Aquí donde dice “estado civil” usted escribió “casado”.

- Sí, le dije. Actualmente lo estoy, pero quiero casarme con Rita y no puedo esperar a que termine todo el proceso de divorcio.

- Bueno, pero... No puede hacerlo antes que el divorcio esté finalizado - me indicó el empleado. - ¿Usted cuándo empezó el trámite?

- ¿El de mi segundo casamiento? Hoy - respondí.

- No, no, señor. Me refiero al trámite de divorcio. ¿Cuándo empezó el trámite? - repitió un poco molesto.

- Nunca. Yo no empecé el trámite de divorcio - le dije.

- Discúlpeme, señor, ¿usted me está tomando el pelo? Este es un formulario para pedir fecha de casamiento civil, pero usted no puede casarse si ya está casado. La bigamia es un delito.

- No me importa - le dije con total resolución - Yo me quiero casar con Rita.

- ¿Usted está loco? ¿Qué pretende? - me dijo exasperado - Váyase de acá inmediatamente o llamo a la policía.

- De aquí no me voy sin mi fecha de casamiento - le grité.

La policía no tardó en llegar. Luego de un interrogatorio largo y extraño, noté en sus caras una perplejidad absoluta. La gente empezó a agolparse en derredor, incrédula.

- Señor, lo que usted desea hacer es ilegal. Nos va a tener que acompañar y vamos a conversar con su esposa y con su novia - dijo el oficial - ¿Dónde se encuentran ellas?

- Mi esposa en casa. Mi novia me debe estar esperando en la habitación del hotel - respondí.

- ¿La dejó esperando en la habitación del hotel?

- Sí, porque la quemé - les dije.

- ¿Cómo? ¡Vamos ya! - dijeron los policías tomándome de los brazos y metiéndome bruscamente en el patrullero.

- Fue sin querer, les juro que fue sin querer - les suplicaba, pero ellos estaban furiosos.

En el viaje me sentí perdido. ¿Qué habría de pasar? Por primera vez pensé que mi decisión no iba a concretarse. ¿Cómo estaría Rita? ¿Se le habrá pasado el enojo a Isabel?

Para conformarme me decía a mí mismo que el amor es así, que los sentimientos surgen y que cambian el rumbo de nuestras vidas con tanta fuerza que es imposible doblegarlos. Mi vida era un volcán de amor hacia Rita y no podía dominar esa fuerza apasionada que desbordaba mi piel desde lo profundo de mi ser. Al llegar al hotel me di cuenta que las cosas se habían complicado. La policía me hizo bajar.

Vi oficiales que entraban y salían de la habitación. Me hicieron acercar hasta la puerta.

- ¿Es ella?

- Sí - respondí.

- ¿Cómo dijiste que se llama? - me preguntó un oficial riendo sarcásticamente.

- Rita.

- Parece que el amor de Rita se desinfló - agregó en forma burlona.

- ¿Te gusta el plástico, compañero? - me dijo otro riendo a carcajadas.

Los policías se burlaban de mí.

- Atento comando - repetía un sargento por radio.

- Sí, Rodríguez, QSL. Lo escucho. ¿Necesitan refuerzos?

- No, comando. Envíen una ambulancia. Corto.

Luego de unos minutos de incertidumbre, algunos policías, cambiando drásticamente la forma de dirigirse hacia mí, me subieron amablemente a la ambulancia. Yo pensé que el pedido de esa ambulancia era para Rita, pero no. A ella la terminaron de desinflar y la sacaron en una bolsa. El trayecto me resultó bastante largo. No podía parar de pensar. Al llegar al hospital me dieron una inyección y me dormí inmediatamente.

Aquí me tratan bien. Los doctores son muy gentiles. Yo ahora trato de no contarle mucho a mi doctora de cabecera porque me di cuenta que si le digo todo lo que pienso me da más inyecciones. Isabel me visita con frecuencia, casi diariamente. A veces me toma las manos y se pone a llorar. Mi hijos, hasta ahora, nunca han venido a verme. Isabel dice que no, pero yo estoy seguro que están enojados conmigo.

No sé qué va a pasar. Les escuché decir que estoy loco. ¿Será verdad?

**Carlos Caprioli**